

espiritualista, Julio Favre había osado saludar «al Dios que, por medio de la razón, se revelaba á la conciencia, al Dios cuya indeleble imagen conservaba el alma inmortal, al Dios de espíritu y de verdad.» Y, elevando cada vez más su pensamiento, había añadido: «La religión y la filosofía tienen su fuente en Dios; ambas se unen remontándose hacia Él por la misma ruta, la de la ciencia y de la libertad.» ¡Singular indicio de los tiempos! Estas dos frases escandalizaron á una porción de periódicos democráticos. El libre pensamiento tiene, como la Iglesia, su Congregación del Índice. El índice librepensador excomulgó al que había confesado á Dios. No fué menos notable el celo de la prensa conservadora y liberal en ensalzar el valor del nuevo académico. Era preciso que la perversión de las ideas fuese muy grande para que tan natural homenaje rendido á las doctrinas tradicionales mereciese tantos elogios. Así se afirmaban en aquella decadencia del imperio (y en ello residía uno de los mayores peligros) una nueva escuela que se proponía arrasarlo todo. Deísmo, espiritualismo, cristianismo, ¿qué importaban estas palabras vacías de sentido? Borrándose todos los matices, una reprobación igual iba á envolver á la vez á los que rezaban, como los pasados siglos, el *Credo* integral de la Iglesia y á los que se contentaban con repetir, como Julio Favre, la profesión de fe del *Vicario saboyano*.

## III

«Sed desde luego ateos y seréis después revolucionarios,» decía en 1868 uno de los futuros miembros de la *Commune* llamado Jaclard. Esas palabras resumían un programa. El radicalismo político hizo invasión por la brecha abierta por el radicalismo antirreligioso.

La reseña de las desviaciones del partido democrático iba á ser una curiosa página en la historia del segundo Imperio. Durante la primera mitad del reinado y hasta en sus postrimerías, el objetivo principal había sido la conquista de la libertad. La reivindicación, muy tímida en 1857, se había formulado, seis años después, con mucha firmeza. Considerando únicamente París y las grandes poblaciones de provincias, las elecciones de 1863 habían sido el triunfo de la democracia política, es decir, de la que aspiraba á un cambio de instituciones y de régimen, pero que se guardaba de perseguir un trastorno de la sociedad. En aquella época habían sido elegidos ó reelegidos para el Cuerpo legislativo Julio Favre, Picard, Julio Simón, Garnier-Pagés, Pelletán y Marie, todos de origen y de educación burguesa, republicanos sin duda, pero republicanos pacientes, fijados en las fórmulas del liberalismo clásico, y á quienes el inmediato advenimiento de su partido hubiese causado más espanto que alegría. El único terrible era Pelletán, y aun no lo era sino de aspecto. Su elocuencia, solemne, recargada de imágenes, que se desenvolvía con aires de inspiración y frases de giro sibilino, dejaba una extraña impresión, mitad de profeta, mitad de sectario. Terminado su discurso, se mostraba muy tratable. Todos aquellos demócratas se parecían en cierta timidez rutinaria en las ideas que contrastaba con el tono atrevido de su lenguaje. En cuanto á las cuestiones sociales, se mostraban poco dispuestos á tratarlas. El único que las conoció fué Julio Simón, quien estuvo también

más comprometido que ningún otro en amistades ó alianzas sospechosas; pero se le sabía bastante hábil y flexible para apartar ó contener á los que hubiese atraído.

En la época á que hemos llegado, los representantes oficiales de la idea republicana empezaban á recibir un vigoroso impulso. Nuevos elementos, ora insinuándose separadamente, ora obrando juntos, determinaron la transformación ó, mejor dicho, la perversión del partido democrático.

La primera oposición, muy disimulada bajo las apariencias de la amistad ó bajo los tributos del homenaje, procedió de los que encontraban á los viejos republicanos demasiado activos. Como su longevidad pareciese algo desesperante, tomó cuerpo la idea de anticipar la apertura de su sucesión. Semejante idea había germinado ya en 1863, pero, después de algunos tímidos ensayos, había sido desechada como temeraria y prematura. Un solo medio se ofrecía para realizar tal designio, y consistía en formular, junto al antiguo programa republicano, otro programa más halagüeño, de colores más pronunciados y más atractivos por la amplitud de sus promesas. No se combatiría aún abiertamente á los que durante tanto tiempo habían sido proclamados como maestros, sino que se marcharía á la vanguardia del partido. De ese modo resultaría que á la próxima renovación de la Cámara los diputados sometidos á reelección se verían obligados, ó á seguir algo vergonzosamente á sus jóvenes y dudosos discípulos, ó á quedarse muy rezagados, como gente retardada y aviejada. Julio Favre y sus amigos se contentaban con insinuar la república: los hombres nuevos la proclamarían con ostentación, llamándose *irreconciliables*. Hasta entonces se habían dejado en la sombra las discusiones religiosas; á lo sumo se tocaba á ellas á propósito de la cuestión romana y, de tarde en tarde, á propósito de las congregaciones: los jóvenes, lejos de guardar tales contemplaciones, reclamaban ruidosamente la separación de la Iglesia y el Estado y la supresión del presupuesto de cultos. Introducirían nuevas locuciones en el vocabulario político, hablando de mandato imperativo ó de los derechos superiores del pueblo. La antigua oposición había ignorado las cuestiones sociales; la nueva escuela tampoco se tomaría el trabajo de estudiarlas, pero hablaría de ellas con tanta mayor abundancia cuanto menos las conociera. El procedimiento no era nuevo. Así hacen, en las dinastías reales, las ramas segundas que quieren reemplazar á las ramas primogénitas. De todos aquellos jóvenes impacientes, los más conocidos eran Julio Ferry, ambicioso y obstinado; Clemente Laurier, hombre de espíritu sardónico, y Gambetta, que había de aventajar á sus compañeros. Radicalismo ó república burguesa, poco les importaba: su única pasión era el progreso de su fortuna. Fuese cual fuese su excepticismo personal, sus profesiones de fe incesantemente explanadas iban á insinuarse en una gran parte del pueblo. De esta manera se inscribirían toda una serie de reivindicaciones, al lado de las cuales palidecerían los votos y las quejas de épocas anteriores.

La desviación sería sobre todo rápida si las clases populares, que recogerían aquel programa ampliado, disponían, para hacerlo valer, de las fuerzas que comunican el espíritu de asociación. Durante la primera mitad del

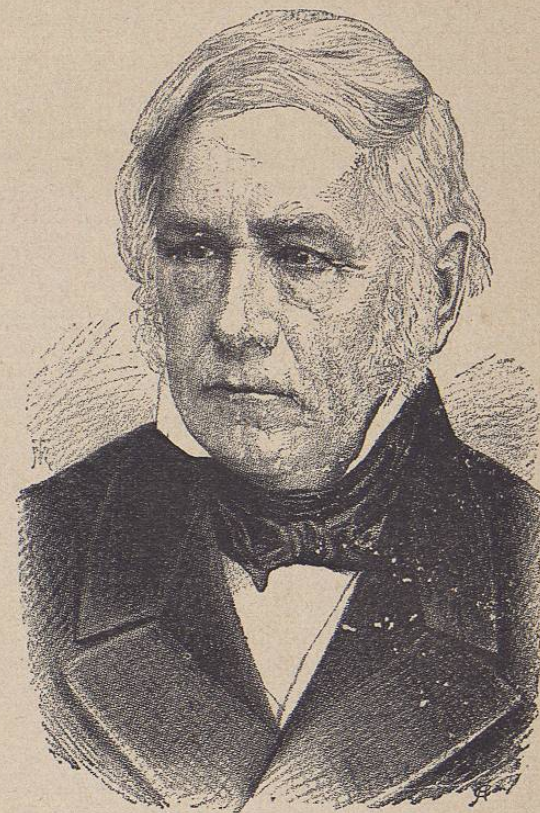
reinado, el peligro había parecido muy remoto y hasta quimérico. No porque los obreros hubiesen dejado de formar desde aquella época asociaciones bastante numerosas, tales como sociedades de crédito, de producción y de consumo, sino porque las duras represiones del pasado habían quitado las ganas de comprometerse en intrigas sediciosas, y dichas instituciones se habían desarrollado sin apartarse mucho de su fin profesional. Creyéndose al abrigo de toda hostilidad, el emperador había tolerado aquellos ensayos, y hasta los había ayudado en ciertas ocasiones. Se acercaba la hora en que se acentuaría en aquellas agrupaciones la evolución hacia la política. Algunos años antes, uno de los hermanos Reclús había dicho con clarevidente osadía: «Hay que organizar á las clases obreras desde el punto de vista industrial, y ello será para nosotros el medio de organizarlas más tarde desde otro punto de vista; así tendremos un instrumento dispuesto y un ejército constituido (1).» El pronóstico empezaba á realizarse, y pronto tendremos ocasión de decir cómo se realizó del todo.

Otra desviación del partido democrático nació de un retorno de la afición á las fórmulas revolucionarias. Durante aquellos últimos años del reinado pudo observarse en muchos jóvenes una tendencia á calcar á los convencionales, cuyos discursos, declamaciones y hasta la manera de vestir imitaban. Algunos abogados, como Floquet y Brissón, valiéronse de esa imitación para adelantar la hora de su fama, y, efectivamente, si no lograron hacerse célebres, adquirieron gran singularidad. Aquel aparato teatral, aquella reconstitución servil, acusaba cierta puerilidad. Mezclados en los acontecimientos más terribles que se habían conocido, los hombres del 93 podían, sin caer en el ridículo, adaptar á la grandeza de las coyunturas la solemnidad de su lenguaje. Setenta y cinco años después y en la paz del segundo imperio, sus imitadores eran trágicos sin tragedia. Los convencionales habían copiado á los antiguos y ellos se contentaban con imitar á los convencionales. Y, de decadencia en decadencia, llegó el caso de que ellos mismos tuvieran á su vez sus imitadores y, ¡cosa increíble!, hasta sus discípulos. Tanta exageración habría en insistir demasiado sobre la importancia de aquellas parodias como en juzgarlas enteramente inofensivas. Al propagarse, aquellos plagios de elocuencia revolucionaria fomentaban entre la juventud la afición á la retórica violenta que pronto había de encontrar su empleo en los clubs. El exceso en las palabras acostumaría poco á poco á considerar sin espanto el exceso en los actos. De esta manera irían pervirtiéndose las costumbres democráticas.

Los hombres de quienes acabamos de hablar repetían gustosos las declamaciones de una época criminal, pero hubiesen repudiado el crimen. Por encima de los ambiciosos vulgares, codiciosos de fortuna; por encima de los obreros vagamente trabajados por el socialismo; por encima de los curiosos deslumbrados por las metáforas, se agitaban los que buscaban en la Revolución escenas animadas que imitar. En aquella época hubo las resurrecciones más inesperadas. En 1865, un futuro miembro de la *Commune*, llamado Tridón, cayó en la cuen-

(1) *Enquête sur l'insurrection du 18 mars*, declaración de testigos, pág. 192.

ta de que Hebert esperaba todavía su rehabilitación, y, en un folleto titulado *Hebert y el hebertismo*, se apresuró á colmar la laguna. Los fanáticos revolucionarios y los fanáticos de irreligión se daban la mano, pues ambos grupos se confundían. El personal era el que ya hemos descrito: estudiantes desertores de las aulas, obreros desertores del taller, publicistas desconocidos, comediantes sin contrata, abogados sin pleitos y sin esperanza de clientes, y además algunos nerviosos de todo rango social y de toda nación. El jefe (si jefe podían reconocer aquellos indisciplinados) era Blanqui, persona-



Victor Cousin

je misterioso, siempre presente, aunque invisible. La vigilancia del gobierno para asegurar el orden material no permitía las manifestaciones exteriores. El único recurso que se tenía era ensayar el día de Difuntos algunas demostraciones en los cementerios: había también los entierros civiles, doblemente explotados por los odios de secta y las pasiones políticas. «Como el insulto al tirano muerto era una amenaza para el tirano vivo,» se concibió el proyecto de celebrar el aniversario del 21 de enero. Del extranjero llegaban calurosos estímulos, y á veces reproches. «Vuestros padres no iban á Lieja, sino que iban al claustro de San Merry,» decía en una *Carta á los estudiantes* Félix Pyat, que no había estado ni en San Merry, ni en ningún otro punto donde se batían. Los jóvenes mantenedores de la escuela hebertista ó jacobina tampoco iban á San Merry, porque las calles y encrucijadas estaban bien vigiladas. En cambio, iban con frecuencia al Palacio de Justicia, donde había una sala, la sexta, que tenía la especialidad de juzgar sus fechorías. La inculpación era generalmente la de asociación secreta, ultraje á la moral pública ó insulto á los agentes de la autoridad. Invariablemente trataban

de convertir el tribunal en cátedra: «Soy republicano, revolucionario, socialista y ateo,» dijo cierto día uno de ellos al empezar su defensa. Y, como hubiera podido hacerlo en el club, trató de explicar aquellos cuatro puntos. En los primeros años, los presidentes cambiaban á menudo, pues había la costumbre de recompensarles pronto de aquel ministerio ingrato, como se hace con un soldado después de una penosa campaña. Pero hubo uno que tuvo más estabilidad. Era un hombre hábil, lleno de recursos, con un matiz escéptico y cínico impropio de un magistrado. Llamábase Delesvaux, y pronto este personaje se hizo famoso merced á los epigramas de la prensa que no se cansó de atacarlo, como no se cansó él de pronunciar condenas.

Tales eran los elementos diversos que aspiraban á transformar la antigua democracia. El primer indicio de reacción contra el pasado fué el afán por derribar á los ídolos consagrados. Los hombres de 1848, aun después de su caída, habían conservado la pretensión de dirigir los restos de su partido. A pesar de su desgracia, les quedaban algunos partidarios fieles. Los neo-demócratas aventaron despiadadamente aquellos restos de popularidad, burlándose de aquellos retardatarios inocentes que habían plantado los árboles de la libertad, que habían puesto en un marco la Constitución de 1848 y que conservaban piadosamente los retratos litográficos de Garnier-Pagés. Ni el mismo Ledru-Rollín escapaba á la censura de los puritanos que lo calificaban desdeñosamente de *Danton para grabados de modas*. Aventadas todas las viejas reliquias, aplicáronse á demoler las reputaciones más recientes. Los diputados de la izquierda fueron acusados de inercia. El peor tratado fué Julio Favre, quien pasaba por jefe de un grupo, sin dirigirlo en realidad. Como era hombre de difícil acceso, se había creado algunos enemigos. En algunas ocasiones había rehuído ciertas causas políticas ó las había defendido de visible mala gana. Hasta su elocuencia exhalaba un perfume aristocrático. Para responder á los ataques, sabía encontrar formas despreciativas que exasperaban. La obra de denigración no hubiera sido completa si el reproche de moderantismo no se hubiese hecho extensivo á los dos grandes periódicos del partido democrático, *La Opinión Nacional* y el *Siècle*. Decían que Guérout no era más que un familiar del Palais-Royal, y que Havin era un compadre del gobierno. Sin embargo, en medio de aquellas acusaciones, sonaba á veces una nota aguda; esta era la queja llena de amenazas de algunos jóvenes fanáticos que se adelantaban mucho á sus compañeros. Estos no hablaban de libertad, ni de fraternidad, ni de república burguesa, democrática ó jacobina, sino de lo que harían cuando fuesen los amos.

En esto promulgóse la ley de 11 de mayo de 1868 que suprimía el régimen discrecional en materia de prensa. Aquel día se acabó el monopolio, ya un poco mermado, del *Siècle* y de *La Opinión Nacional*. De pronto surgieron una porción de periodiquillos destinados á morir sin haber tenido larga vida. Luego se crearon los grandes periódicos, los que personificaban, los que aspiraban á personificar las fracciones diversas del partido republicano. Hacía algún tiempo que existía el *Avenir national*, dirigido por Pyat. *La Tribuna*, dirigida por Pelletán, y *El Elector libre*, inspirado por Picard, repre-

sentaron dos grupos ya bastante distintos de la oposición parlamentaria, los unos dispuestos á inclinarse hacia el radicalismo, y los otros resueltos á remontar la corriente al extremo de llegar un día á ser casi dinásticos. Más tarde, mucho más tarde, había de crearse *La Reforma*, y luego, bajo los auspicios de Víctor Hugo, *El Rappel* (1), que iba á imitar el estilo del maestro envolviendo cada uno de sus insultos en una metáfora. En la época á que hemos llegado reapareció un periodista que había sido visto en las sociedades secretas ó en las sediciones de años atrás, pero á quien se creía muerto, de tal manera había caído en el olvido de sus contemporáneos! Este merece que se le biografase, pues fué una de las personalidades curiosas del imperio en su decadencia. Había sufrido todos los castigos que un poder riguroso puede inventar para asegurar su defensa. Había sufrido la cárcel, el destierro y la deportación. Había conocido todas las prisiones, desde Mazas hasta Cayena, pasando por Brest, Córcega y Belle-Ile. Era ya viejo, pero la edad, lejos de calmarlo, había aumentado sus ardores. El fuego que le devoraba era interior, sin llama y sin brillo. Todas sus pasiones se resumían en una idolatría, la de la Revolución; en un odio, el de la sociedad. Irreductible con los gobiernos, era receloso con sus propios amigos, como hombre que, habiendo vivido largo tiempo en la prisión, cree ver en cada compañero un vigilante ó un espía. Ese espectro del pasado se llamaba Delescluze. Fundó un periódico, el *Reveil*, semanal al principio y diario después. Su estilo, fiel imagen de su inteligencia corta y acerada, era breve, dogmático, sentencioso como un decreto, cortante como la cuchilla de la guillotina. Sus ironías (porque era irónico á veces) tenían algo de siniestro como el sarcasmo de un acusador público, y no dejaban nada intacto de lo que podían desgarrar. Con frecuencia afilaba sus dardos con doble objeto: después de haber atacado al imperio, se volvía contra los demócratas que no eran juzgados bastante incorruptibles, y, justiciero tan penetrante como implacable, denunciaba los móviles secretos, lanzaba la desaprobación ó el ridículo y pronosticaba los castigos próximos. En medio de los periodistas contemporáneos, ligeros, escépticos, vividores, de cortas indignaciones y de arrebatos ficticios, él aparecía concentrado, fanático y pobre, y ¿quién sabe?, sincero en sus pasiones perversas, porque hubiese sido mártir de ellas. Daba á comprender que se hubiera gozado en la revolución como en su elemento, dispuesto á sacrificar la vida de los demás, y la suya también, cuando hubiese llegado la hora. Su república hubiera sido la jacobina en toda su pureza tradicional. En él revivía algo del genio sombrío de Robespierre. Tenía su frío desdén, su pasión reprimida, su austeridad aparente, y, lejos de repudiar la semejanza, se vanagloriaba de ella.

Ni las violencias, ni las evocaciones revolucionarias, ni las brillantes metáforas habían de conquistar al pueblo de París. La boga, la popularidad había de ser para otros. Derribado todo, un joven realizó, con gran asombro del público y con sorpresa propia, lo que los veteranos de la democracia no hubieran podido ha-

(1) El primer número no se publicó hasta el 2 de mayo de 1869.

cer. De golpe se había colocado en primera fila del partido que el día antes lo ignoraba y que él apenas conocía.

Llamábase Enrique de Rochefort-Luçay. Sus contemporáneos iban á conocerlo con el nombre de Rochefort. Era linajudo y pobre. En sus mocedades desempeñó un pequeño empleo en la Casa de la Ciudad, donde se distinguió por su pereza, por su falta de puntualidad y por su ingenio. Lo llevaron de un negociado á otro, del de arquitectura al de los archivos, y de éste al de contabilidad, sin que al cambiar de oficina cambiase de conducta. «Todo aquello, escribió más tarde, era el conservatorio de la necesidad (1).» Las personas de talento gozan de inmunidades en todas partes. Con sus ocurrencias y osadías originales, con su físico extraño, difícil de olvidar, el joven empleado llamaba la atención, si no inspiraba grandes simpatías. Tuviéronse con él excesivas indulgencias. Sus compañeros de oficina trabajaron por él y sus jefes hicieron la vista gorda. De vez en cuando se ensayaba en la crítica dramática, recibiendo en pago billetes de teatro. Componía también comedias y poesías. Luego entró á formar parte de la redacción del *Charivari*. Mientras tanto, su inexactitud era tan irreductible, que se notaban con sorpresa los días en que aparecía en la oficina. A pesar de tantas faltas, el barón Haussmann, lleno de benevolencia, lejos de dejarlo cesante, le nombró subinspector de bellas artes de la ciudad de París. Pero el literato absorbía cada vez más al funcionario. ¿Quién se cansó primero, Rochefort ó la Casa de la Ciudad? Francamente hablando, esto poco importa.

Por aquel entonces se había fundado el *Figaro*, que aún no era periódico político. Su fundador, el señor de Villemessant, que fué uno de los primeros que presintieron la industria moderna del periodismo, sobresalía en el arte de buscar las noticias destinadas á producir mayor sensación y los escritores que más ruido habían de armar. Habiendo observado las cualidades que como escritor reunía Rochefort, parecióle conveniente echar mano de él. Pero si supo conquistar, no lo supo conservar. Poco tiempo después, el nuevo colaborador del *Figaro* pasó al *Soleil*, otro periódico literario que tenía menos lectores, pero que le ofrecía más dinero. Villemessant comprendió su falta, aumentó el sueldo y reconquistó al veleidoso. El articulista empezó á tener su público en el *Figaro* y su ingenio ocurrente empezó á crearle fama. ¿Quién hubiera creído que aquel calavera, que aquel aficionado á objetos de arte, llegaría á ser jamás fautor de sediciones? Sólo hubo un hombre, el Sr. Jouvin, periodista hoy olvidado, pero de gran mérito, que sintió desde luego por él una repugnancia instintiva: «Es un ignorante, decía, y un ambicioso vulgar.» Y añadía, medio en broma, medio en serio: «Si viene la *roja*, nos hará guillotinar á todos (2).» Pronto los artículos se mezclaron con alusiones llenas de una malicia inesperada que realizaba la impertinencia. Villemessant se alegró de pronto, pero luego tembló: quería escritores que armasen ruido, pero no tanto que hubiese que pagar cristales rotos. Como las osadías del articulista iban en aumento, el gobierno se alarmó, y el se-

ñor de La Valette, que era entonces ministro del Interior, mandó á llamar al director del periódico. A los reproches oficiales, éste contestó con mucha oportunidad: «¡Ah!, debierais agradecerme el que mantenga á Rochefort en un periódico literario; el día en que se halle entregado á sí mismo, ya veréis (3)!..» Como se renovasen las quejas, variaron las excusas: «¿Qué queréis?, decía el director del *Figaro*. Rochefort es perezoso, trabaja á última hora, y para disimular la vaciedad de su pensamiento, chapea sus artículos con tonos de un rojo demasiado subido.» Por bonachón que fuese entonces el imperio, la longanimidad no podía durar. El que era objeto de las mercuriales cuidaba de justificarlas; de pronto reunió antiguos artículos en un tomo, añadiendo un prólogo que agravaba todos sus pecados. ¿A qué partido pertenecía? Se ignoraba, y á él mismo le tenía sin cuidado. Los artículos continuaron, pero los matices «rojos» fueron cada vez más subidos de color, y, so pena de desaparecer él mismo con su periódico, Villemessant tuvo que separar á su colaborador.

Pero lo separó sin abandonarlo, pues le sugirió la combinación siguiente:

Un periódico, compuesto conforme al modelo de rúbrica, difícilmente llamaría la atención. Pero si se inventaba algo nuevo, por ejemplo, un folleto semanal; si este folleto era previamente anunciado con un arte llamativo; si el tamaño, el color y la cubierta se diferenciaban del aspecto uniforme de las publicaciones cotidianas al extremo de atraer forzosamente la vista; si de antemano se propalaba el rumor de temeridades extraordinarias, de osadías inauditas, era posible que, vencida la indiferencia del público, el éxito coronase la empresa. No satisfecho con esa oportuna insinuación, Villemessant aportó á la empresa parte de los fondos necesarios, y añadió á su cooperación otro consejo muy prudente, inspirado por su experiencia comercial. Adoptando la forma de folleto, podía elevarse el precio de venta al doble del de un periódico, es decir, á cuarenta céntimos, aunque el texto impreso fuese mucho menos extenso. Precisamente acababa de publicarse la nueva ley de imprenta. Sin más dilaciones, Rochefort resolvió acometer la empresa y «bailar un solo en el colillón político,» como él decía.

El sábado 30 de mayo de 1868 se publicó el primer número de *La Linterna*. Su tamaño recordaba los folletos del destierro que se introducían clandestinamente en Francia. Su cubierta encarnada tenía algo de provocativo. Villemessant había puesto al servicio de la empresa todos los recursos del más ingenioso reclamo. Hasta la estación favorecía la propaganda: en aquellos hermosos días primaverales, los bulevares se llenaban de desocupados, ávidos de novedades. El precio del folleto, lejos de ser un obstáculo, no hizo más que excitar la curiosidad parisiense, y se juzgó que un escrito que costaba tan caro no podía menos de ser muy extraordinario. El éxito de aquel primer número fué tan grande, que la rapidez de la tirada apenas pudo responder á la impaciencia del público. A la caída de la tarde, desde la Magdalena hasta la calle de Montmartre, no se veía

(1) Rochefort, *Aventures de ma vie*, tomo primero, pág. 173.

(2) Villemessant, *Mémoires d'un journaliste*, 4.<sup>a</sup> serie, página 304.

(3) Villemessant, *Mémoires d'un journaliste*, 3.<sup>a</sup> serie, página 333.

más que gente leyendo con extraordinario placer el folletito encarnado. Todo aumentó la curiosidad, y muy particularmente la personalidad de Rochefort. ¿Qué se proponía aquel jovial *boulevardier*, súbitamente transformado en libelista? ¿Era republicano?, ¿revolucionario? ¿Aspiraba únicamente á acrecentar pronto su fama? Muchos, fundándose en su origen y en el patronato de Villemessant, afirmaban con toda seguridad que no era más que un legitimista disfrazado.

Experimento cierto embarazo al hablar de ese libelo periódico que, durante cerca de tres meses, estalló cada semana como un petardo. Hoy sus pequeñas páginas resultan frías, descoloridas, insípidas, y se necesita cierto valor para leerlas hasta el fin. Como las alusiones han envejecido con el tiempo, nada disimula ya la pobreza de ideas. No hay allí ningún pensamiento dominante en torno del cual resplandezca todo lo demás; ninguna preocupación de los hechos ni de su exactitud; ningún deseo de ser justo ni de parecerlo siquiera; muchas máximas cónicas; una perpetua carrera en busca de frases de efecto, unidas por un lazo artificial. Los contemporáneos no conocieron estas severidades. La sociedad decadente del segundo imperio había encontrado un publicista á su imagen. Era demasiado refinada para los pesados chistes del *Siècle*, demasiado humana para las terminantes máximas de Delescluze y de sus iguales, demasiado burlona para las solemnes metáforas que más tarde habían de prodigar Víctor Hugo y sus discípulos. Desde el primer número de *La Linterna*, aquella sociedad comprendió que se había dado con el gran bufón. El arte de éste consistía en una especie de abultación burlesca: no era la exageración poderosa de Rabelais—no hay que citar á los grandes á propósito de Rochefort,—sino una caricatura enorme como hubiera podido dibujarla en los muros, un día de inspirado buen humor, el más osado de los pilluelos de París. La frase era corta, y los párrafos de poca extensión se hallaban separados por espacios y asteriscos, lo cual economizaba texto y permitía multiplicar las frases finales de efecto, en que Rochefort sobresalía. Uno de sus procedimientos más habituales consistía en la reunión inesperada de los asuntos más diversos: del contraste nacían toda clase de jocosidades imprevistas, y el recurso, aunque artificial, hacía reír por fuerza. Todo aquello se mezclaba, se cruzaba y se entrecruzaba en un desorden muy preparado, con grandes audacias en la impertinencia y un perpetuo estrépito de vidrios rotos. Después de la represión de los años anteriores, la sociedad imperial atravesaba una crisis de indisciplina. Sentía ardientes deseos de mostrarse irreverente. Aspiraba, no á destruirlo todo—otros vendrían más tarde á destruir,—sino á burlarse de todo. La gran originalidad, la gran osadía de Rochefort consistió en no detenerse en el camino de la irreverencia y en asestar sus golpes lo más alto posible. Con una frase maliciosa, alcanzaba á los servidores del príncipe, á los Pinard, á los Persigny, á los Rouher. El verdadero objetivo era la dinastía. Dirigía al trono una mirada burlona y atrevida, con una risa contraída de vez en cuando por una mueca. «Soy profundamente bonapartista, decía en el primer número de *La Linterna*. Sin embargo, se me permitirá escoger mi héroe en la dinastía. Como bonapartista, prefiero á Napoleón II. Estoy en mi derecho. Hasta

añado que él representa para mí el ideal del soberano. Nadie negará que haya ocupado el trono, puesto que su sucesor se llama Napoleón III. ¡Qué reinado, amigos míos, qué reinado! Sin contribuciones, sin guerra, sin lista civil. ¡Oh, sí! Napoleón II, yo te amo y te admiro sin reserva.» A esta efusión de alegría loca seguía la ironía destinada á herir al soberano en lo más sensible, es decir, en su cuna y en su raza. «Aprovecho la ocasión para señalar una injusticia de que se asombrará la historia. Trátase perpetuamente de la reina Hortensia en las esferas oficiales, y no he encontrado jamás, ni aun en boca de las fidelidades mejor pagadas, una palabra amable para el rey de Holanda, su esposo. Hay en esa especie de abandono del rey Luis, comparado con el culto de que la reina Hortensia es objeto, algo que escapa á mi penetración y que reclama un comunicado.» La mayor parte de las veces la impertinencia se condensaba en una corta frase soltada de pronto y como de paso: «Se anuncia la historia de Carlomagno escrita por Napoleón III; ¡cómo me gustaría leer la historia de Napoleón III escrita por Carlomagno!» Mezclábanse con la insolencia las bufonadas más asombrosas: «Dicen que las cenizas de Napoleón van á ser enviadas bajo sobre á Santa Elena, con el pretexto de que fueron traídas á Francia por el príncipe de Joinville; eso es quizá llevar la susceptibilidad un poco lejos; pero yo admiro esa grandeza de alma.» Seguían toda clase de narraciones, á cual más fantástica é irreverente, sobre la muerte de Nero, el perro favorito del emperador. A veces la alusión osaba ir hasta un voto muy claro por el derrocamiento de la dinastía: «Pretenden que los calores prematuros que sufrimos deben atribuirse á la presencia de un cometa todavía imperfectamente visible. Sabido es que en todos tiempos la aparición de un cometa ha precedido á un grande acontecimiento. Yo no espero más que un grande acontecimiento en el mundo; ¡pero tengo tan poca suerte! ¡Ya veréis cómo aún no sucederá este año!»

Rochefort pudo escribir más tarde en ese estilo que le es peculiar: «A esa pobre persona del soberano yo la retorció como ropa vieja (1).» Aquella persecución al emperador por un simple periodista pareció al público el espectáculo más divertido del mundo. En efecto, nunca se había divertido tanto desde *La Gran Duquesa de Gerolstein*. Sin contar los pingües productos de la venta, el libelista conoció todos los pequeños beneficios de la fama; vendióse á profusión su retrato; se le siguió por la calle y se llevaron pequeñas linternas en las cadenas de reloj. También tuvo sus enemigos: en primer lugar Villemessant, que encontró excesivo el éxito de su discípulo, y luego todos los antiguos republicanos, secretamente envidiosos de tan súbita fortuna. ¿De qué serviría haber conspirado durante el reinado de Luis Felipe, haberse batido en los arrabales, haber protestado contra el golpe de Estado, haber sufrido el destierro, la prisión y la deportación, si algunos chistes de un exarticulista del *Figaro* borraban todos aquellos títulos? Lo que probó más que nada su popularidad fué la abundancia de las imitaciones. El libelo semanal se puso de moda. Los hubo de todos colores, de todo tamaño y con toda clase de emblemas. Después de la

(1) Rochefort, *Aventures de ma vie*, tomo I, pág. 336.

*Linterna* verdadera fueron innumerables las falsas *Linternas*, así como después del *Robinson Crusoe* fueron innumerables los Robinsones de imitación.

El éxito, vivo y brillante como un castillo de fuegos artificiales, no era de los que duran. Al cabo de tres meses, el gobierno se decidió á intervenir. Procesado y condenado á un año de prisión, Rochefort escapó á la pena refugiándose en Bruselas. Allí, en la seguridad del destierro, siguió publicando su periódico, pero con más injurias y menos talento, ya porque su facundia se agotase, ya porque le faltase el aguijón del peligro. Otros asuntos distraían ya la opinión pública. Pero, en la historia del reinado, este episodio merecía no ser omitido. Aunque su prestigio había menguado, el imperio era aún demasiado fuerte para que el ataque de un libelista pudiese causar inquietudes. Sin embargo, lo que recibió entonces un golpe cruel fué la idea del respeto que decididamente acababa de morir.

## IV

El momento pareció oportuno para sacudir las últimas timideces. Hasta entonces la oposición democrática había criticado las tendencias generales ó las leyes particulares del reinado, denunciado el absolutismo ó reivindicado la libertad. Como aumentase la osadía, se afirmó el designio de escudriñar los orígenes del Imperio y marcar con un sello infamante el acto de que había nacido.

El ataque empezó con un libro, continuó con una manifestación y terminó con un proceso memorable en que los verdaderos victoriosos fueron los condenados y sobre todo su abogado.

El libro se publicó en julio de 1868. Titulábase *París en diciembre de 1851*, y su autor era un redactor del *Siècle*, llamado Eugenio Tenot, escritor desconocido hasta entonces y que más tarde había de volver á caer en la obscuridad. Aunque compuesta para el servicio de un partido, la obra denotaba una notable prudencia en la pasión. En el tono general del texto reinaba un gran acento de reprobación, pero sin escándalo comprometedor. Muchos hechos y pocos comentarios; ningún relieve en el pensamiento, ni elocuencia alguna en la expresión. Una exposición sin vuelo y sin calor, pero en la cual los acontecimientos se encadenaban en un orden natural, con bastante fuerza y claridad: errores hartos numerosos, y exageraciones todavía en mayor número, pero insinuándose tanto mejor cuanto que ningún exceso de lenguaje ponía el espíritu receloso ni revelaba intención preconcebida. Parecía la obra descarnada de un cronista que relata lo que ha recogido y que, si refiere cosas deshonestas ó criminales, no las presenta bajo tal apariencia sino porque tal es su verdadero aspecto.

Se puede afirmar sin paradoja que el escrito debió en parte su éxito á las cualidades de que carecía. El periódico á que pertenecía el Sr. Tenot le prestó el patronato de su publicidad; y los burgueses que leían el *Siècle* (que eran todavía en gran número) se hubieran escandalizado de invectivas demasiado ruidosas. En cuanto al vigor del pensamiento y á las galas del estilo, la lectura de su periódico diario les había acostumbrado á pasarse de esas superfluidades. En cambio, aquella obra

de giro moderado y de talento moderado también, estaba á su nivel; y era entonces tan conveniente ser mediocre que daban ganas de serlo adrede. El espíritu no se sentía desde luego subyugado, pero sentíase poco á poco conquistado por la continuidad de una acusación que se desarrollaba sin cólera aparente. Recomendada por los anuncios del *Siècle* y después por toda la prensa democrática, la obra se propagó rápidamente. El señor Tenot había publicado tres años antes, con el título de *La Provincia en diciembre de 1851*, otro libro que no había llamado la atención. De golpe, los dos tomos fraternalmente unidos, el uno reciente y el otro viejo aun-



Enrique de Rochefort-Luçay

que rejuvenecido, circularon de mano en mano. El efecto consistió en hacer revivir en la memoria de las gentes todo lo que en ella dormitaba desde hacía diez y siete años. A raíz de los sucesos se había tenido conocimiento, aunque muy en globo, de los rigores del golpe de Estado: luego, en parte por resignación y en parte por prudencia, se había procurado olvidarlos. He aquí que se presentaba la ocasión de refrescar la memoria, precisamente en el momento en que el descrédito del Imperio hacía popular toda oposición. Volvióse á hablar, como de cosas de actualidad, de la alcaldía del décimo distrito, de las barricadas empezadas en el arrabal de San Antonio y de las represiones ó, como se decía, de las matanzas del bulevar. El relato de las insurrecciones provinciales, que nunca habían sido bien conocidas, suscitaba aún más comentarios. Muchos de los campesinos languedocianos ó provenzales, de quienes hasta sus paisanos se habían olvidado, adquirieron de pronto celebridad. El más famoso fué un tal Martín Bidauré, dos veces fusilado (1). Republicanos radicales, demócratas de opinión moderada, burgueses liberales, todos

(1) Véase Tenot, *La Province en décembre 1851*. — Véase también el *Figaro* del 19 de julio de 1868, y *La Gazette des Tribunaux* del 12 y 26 de agosto de 1868.